

PLUMA LÁPIZ



Iquique

En esta presentación de las ciudades de provincias a los lectores de PLUMA Y LÁPIZ que, a manera de enlazamiento de afectos entre pueblos de un mismo país i a medida que la entusiástica cooperación de nuestros colaboradores artísticos nos trae vistas de ellas, venimos haciendo paulatinamente, tócanos hoy hablar de Iquique, la metrópoli de aquel opulento, de aquel lejano i laborioso «norte».

Buena i práctica labor ésta de hacer conocer a todos el *modus vivendi* de los hermanos de otras provincias. Nuestra ignorancia de unos i otros nos perjudica en las relaciones de comercio i hasta de arte (no solo en Santiago se dan las versainas.)

Así, nada sabemos en esta cultísima i refinada Metrópoli de las obras maestras provinciales, i saben nada en esas altivas i despampanantes ciudades de las «soberbias maravillas» de nuestro Centro i Alameda Santiaguina. (Avenida de los palacios, que dijo un humorista de medio pelo).

Los de Calbuco, por ejemplo, nada saben de nuestras calles hechas un perenne fangal; de nuestras lustrosas i espléndidas aceras, de nuestro pavimento, a trechos de piedra redonda, a trechos al natural, de tierra, la madre común—que acertó a llamarla Bruto allá en tiempos de Roma—de nuestro alumbrado ya de gas, ya de parafina, o mas poéticamente, con la sola luz de las constelaciones, de nuestra monumental subida al Santa Lucía, en que hai un Wotan i un Sigfrido, que miran asombrados las ruinas de un inofensivo cuartel mandado demoler injustamente por el Gobierno.

No nos conocemos mutuamente, i a borrar esa ignorancia tiende nuestro empeño. Iquique la gran metrópoli nortina i por su valor, el segundo puerto i plaza comercial de Chile, tendido en su faldeo, saludado por el pito de sus máquinas i vapores, i arrullado por un mar que guarda la sangre de muchos héroes i que aun oye el ronco tronar de los cañones del *Huáscar*, el crujido de la tabla de la *Esmeralda*



IQUIQUE.—PLAZA PRINCIPAL

LOS COLORES I MATERIALES PARA ARTISTAS

de WINSOR & NEWTON'S

ACABAN DE LLEGAR A

LA COMPAÑIA AMERICANA — Ahumada, 135

al romperse, i la gloriosa voz de Prat,—parece borbotonear con alientos de gigante, i retorcerse ahogado por el humo de sus chimeneas, i el ruido emborrachador que toca sus parches a la sordina por sus calles. Parece ese pueblo un pedazo de Chicago, traído a esa dura rejion de este suelo de Chile. Allí vibra la enerjía i el espíritu sajón, allí bajo la tez morena i el pelo negro del chileno de cualquier categoria, hai el cerebro porfiado e incubador de ideas prácticas de un yankee; bajo el velludo i musculoso pecho del roto, late un corazon de luchador, corazon endurecido en la lucha por la vida—lucha fuerte i animosa en ese pueblo—i dictador de empresas grandes.

Iquique es *l'Ecole des Roches* de este pais, la escuela que forma los caractéres rudos, briosos, sin aterciopelados, aptos para vivir, turbulentos, que van de frente a todo, aunque pasando por lo sano i por lo honrado, que si forman al insolente i al presidiario, hacen tambien al verdadero *Struglefortifer Arriviste*, la escuela del trabajo brutal por el dinero que ensorberbece i que allá no se ha aprendido a valorizar aun. En Iquique los sajones venidos de Inglaterra o Norte-América, a despecho de no pequeña influencia peruana, han formado los sajones de Chile. El chileno de ese pueblo tiene demasiada fuerza ital, hasta para matarse, aunque esto parezca un barbaridad. Cuando un roto — o no roto tambien— el pueblo, o de la pampa salitrera que para unos es riqueza i lágrimas para otros, ha sentido la fiebre el oro, probado todas las sensaciones: revolcándose en el lecho de las mujeres, embruteciéndose con licor,

etc., i hasta saboreando la embriaguez de la roja sangre que humea, i le llega lo que nosotros los mas o ménos cultos llamamos hastio, odio al mundo, tristeza de vivir, tuerce un cigarro de dinamita, sentado en un terron de caliche, lo lleva con ademan digno a los labios, lo chupa un poco para saborear con fruicion el gusto áspero del explosivo i, tranquilamente, serenamente le da fuego...

Iquique es el arca fiscal de Chile. Desde la gran campaña, la gloriosa campaña contra dos naciones, que regó esas pampas con la roja sangre de nuestros valientes, el gobierno ha usufructuado de esa enorme fuente de riqueza; estéril usufructo en verdad, como ya lo dijo desde los bancos del parlamento

un distinguido hombre de la política. Esta es la pregunta que viene a los labios de todos cuando pensamos en ese rio de oro que ha corrido hacia el Sur i hacia estraños países principalmente, llevado por ansiosas manos estranjerías: ¿ha beneficiado relativamente a su valor el oro del salitre a la nacion chilena? Nó! Los novecientos millones salidos de Tarapacá, al irse ellos no se sabe adonde se llevaron nuestro viejo prestigio de honor, la rijidez de nuestras instituciones i de nuestras costumbres, i nuestra romana probidad austera de los tiempos de pobreza noble, que ponía tanto orgullo en nuestras frentes; i por todo eso nos dejaron la corrupcion, el descrédito, la lucha ambiciosa e inhumana, los odios fratri-



IQUIQUE.—ESTACION DEL FERROCARRIL



IQUIQUE.—TEATRO MUNICIPAL

das, la sangre, la revolucion, i el ridículo i anacrónico estrépito militar, que nos hace creernos gran potencia, cuando aun no hemos aprendido a respetar las leyes que los íntegros hombres de los tiempos de pobreza noble nos dejaron.

Es un emporio de riqueza esa pampa salitrera de Tarapacá. Esa rojiza tierra pegajosa, que parece ladrillo mojado i que vale millones, guarda en su seno muchas historias de dolor, de desilusion, de de sangre i de miseria, porque no todos los que llenos de ambiciones que pronto se derrumban van a la rejion del salitre, como a un ideal klondive, logran sentir el espasmo de los besos a la hermosa Fortuna.

Signiando la lei natural del dominio de la fuerza, vulgarizada sin mucho tecnicismo con aquello de que el pez grande se come al chico, el dinero se ha conglomerado en poder de unos pocos, los estranjeros, que supieron ahorrar i ser juiciosos. Los chilenos, los dueños i señores, los que ganaron ese caliche en lid gloriosa, para dar una millonésima prueba del carácter nacional, el oro del norte lo derrocharon en licor i placeres, lo dieron a los ingleses o lo gastaron en incubar i dar vida a una revolucion sangrienta, de mui regresivo efecto en la marcha de la nacion, para no ser ménos que las parodias de república, sus hermanas de esta América, de tan cacareada virjinidad.

Iquique, a pesar de su progreso i de su vida febril de comercio, no es lo que debiera ser en opulencia suya.

Construcciones de belleza tiene pocas, porque sus millonarios, quizás por atavismos, no saben vivir en palacios; paseos, fuera del hermosísimo de Cavancha i de la plaza principal, de dudoso gusto, casi no tiene; carece por completo de monumentos públicos, que son enseñanza para el pueblo posee si un hermoso teatro, como; varias ciudades de provincia escasas de poblacion, Copiapó, Tacna, i al revés de Santiago, que con todos sus pelotones de habitantes, solo tiene dos teatros en funcion, i uno de ellos con mui malos cómicos.

El espíritu de las jentes de Iquique tiene un igual tono que la ciudad en su aspecto. Ese caserio gris, achatado, de tablas representa bien el alma colectiva de ese pueblo, de vida impulsiva, mecánica, de poca o ninguna lectura i de nula vitalidad cerebral. Allí se aprende a luchar por la vida, pero todos son combatientes de los combates por el dinero.

Hoi que el salitre de Tarapacá amenaza con su fin, se habla de un proyecto de ferrocarril a Bolivia por Iquique, matando con ello a Antofagasta. Nos parece de perniciosa injusticia eso de querer dete-

ner en su marcha de enerjía a un pueblo que ha progresado silenciosa i vigorosamente, merced a su solo esfuerzo, como es Antofagasta, para dar vida en su languidecer a otro que no supo ni siquiera sacar enseñanza de las opulencias que derrochó.

E. DE JUENZA



IQUIQUE — CUARTEL DE INFANTERIA



IQUIQUE. — IGLESIA MATRIZ